



DEL TITANIC AL VELERO NUESTRAS PROPIAS SOLUCIONES

Rubén Pesci

El denominado “mercado único mundial”, o la llamada democracia de mercado, está depredando las riquísimas tradiciones locales, y el valor de las iniciativas descentralizadas. Se impone la lógica de una supuesta competitividad libre, que en realidad favorece el monopolio de los más poderosos. Se banaliza el consumo y se anula la diversidad, tanto la biológica como la cultural. Este es un proceso trágico a nivel mundial, consecuencia negativa de la llamada globalización, que además instala una virtualización creciente de relaciones, que ignoran el territorio, o el *genius locis* de cada sitio. Ignoran en definitiva la importancia de la materia (el ambiente, los recursos naturales, las relaciones de la sociedad en su medio) y con ello están provocando la insustentabilidad del futuro, en este único navío estelar humano, que hasta ahora es el Planeta Tierra. Debemos cambiar de la prepotencia del Titanic, un monstruo (Leviatán moderno) que ha demostrado su fracaso ante la incertidumbre de la vida, por la astucia y la inteligencia de los veleros, vehiculos capaces de volver a competir con eficacia en la carrera por la sustentabilidad.

I

EL ORIGEN DE LA CUESTIÓN

Pensamiento digital, productivismo y negación de la complejidad ambiental

Ilustração de abertura

Oscar Niemeyer: estudo de implantação. In: PAPADAKI, Stamo. *The work of Oscar Niemeyer*. New York: Reinhold, 1950.

¿ Cómo se conoce la complejidad?

¿ Qué valores y principios epistemológicos orientan el proceso cognitivo hacia la percepción y la interpretación de la complejidad ambiental, de modo de formarse para intervenir en la gobernabilidad benéfica del ambiente?

Quizás el primer principio es ese “saber no sabiendo”, que autores actuales traducen como sentir/pensar. Se trata de recuperar toda la potencia del intelecto, tanto aquella *racional*, vinculada al pensamiento lógico de la ciencia cartesiana, como aquella *irracional*, vinculada al analógico de la producción artística.

Pero ello depende de una dimensión epistemológica concreta: *la capacidad de relacionar*, hechos materiales y espirituales, científicos y artísticos, tangibles e intangibles; la visión integradora tantas veces añorada desde nuestro mundo actual, y que era la condición cultural, habitual, en el mundo prerracionalista. Los fenómenos sólo se podían explicar en una lógica cosmogónica y cosmológica, donde el tiempo estaba siempre presente en su decurso infinito, y la vida era una sucesión que tampoco tenía fin con la muerte. Los pájaros podían ser dioses, y los dioses pájaros. El agua bendecir, así como curar la sed.

Se entendía sistémicamente la realidad, sin conocer racionalmente la teoría de sistemas, porque se sabía que todas las cosas estaban interrelacionadas entre sí.

El conocimiento se apoyaba en la lógica analógica, capaz de descubrir magistrales soluciones tecnológicas, como las catedrales góticas, con el apoyo de cálculos digitales muy eficientes, pero sobre la base de un conocimiento heurístico, sincrético y un saber artesanal incomparable. En realidad la base del conocimiento era *la percepción y su sistematización empírica*. Y ella permeaba el saber popular (de campesinos y artesanos) y el saber de los líderes (de poetas, cruzados y magos). Y su cultura era unitaria, pues circulaba libremente de una punta a otra de las condiciones sociales.

Es que el pensamiento analógico, por naturaleza, establece ante todo *relaciones*. Las analogías sólo son comprensibles cuando se es capaz de percibir las infinitas rela-

ciones que hacen que dos o más cosas se parezcan o no entre sí, como un aroma que puede hacernos recordar un poema, un sitio o un ser querido. Como un paisaje que puede despertarnos recuerdos de otros paisajes diferentes, sólo porque coinciden sus estímulos estéticos con situaciones semejantes, anteriormente vividas. Las relaciones que la analogía exige para funcionar son intelectuales y sensoriales a la vez, pertenecen a distintos tiempos históricos (como un filme contado en secuencias diacrónicas o alternadas) y hacen funcionar todos los mecanismos de la percepción como los que se viven en la liberación del sueño.

Las relaciones no son lineales sino complejas, caóticas, no son sincrónicas sino más bien diacrónicas, y demuestran que la realidad no se comporta como diagramas de árboles jerárquicos, sino como redes o semi tramas cuyos centros de atracción cambian continuamente.

El Renacimiento continuó la mirada integradora, pero haciendo renacer lo olvidado, la filosofía y la ciencia en sus raíces humanísticas, amplió la percepción de la realidad incorporando también el saber deductivo. Para Dante y los renacentistas italianos, la visión de globalidad nunca fue puesta en tela de juicio, y Leonardo da Vinci quizás sea el apogeo del pensamiento integrador. La literatura del Siglo de Oro recuperó la mirada humana, terrenal, del mundo clásico, pero para ver la misma complejidad de fenómenos que el mundo medieval había reconocido, y por ello tanto Cervantes como Shakespeare supieron ser tan populares como cultos.

En la batalla del pensamiento científico, antes de la hegemonía de Descartes, Francis Bacon sostuvo para el conocimiento una dimensión tan amplia que incorporaba además de la "ratio" el intelecto como modelador de la condición humana.

Pero el cartesianismo se impuso, pues resultó mucho más prometedor como modelo y fórmula. Permitía explicar hasta lo inexplicable y ello siempre trae seguridad. Se consagró entonces, en los albores del Siglo XVIII y mediante la discriminación de todo aquello que pudiera tener sabor a lo inexplicable, el *afán de certezas*, y con él la negación de la complejidad ambiental.

Cuando Sergio Los, uno de los pioneros del ambientalismo, compara al *proyectista del puente* (de finalidad práctica y objetual) con el *proyectista del bosque* (de estrategias abiertas, continuas, procesales) no duda en bregar por éste último, pues sólo así se podrá gobernar la complejidad del bosque.

Pero hace casi tres siglos se optó por los proyectistas de puentes, pues se quiso conseguir muchos resultados prácticos tangibles, desdeñando las complicaciones de la complejidad. Hay que hacer un puente, no importa que cosas una, que si nos complicamos mucho en unir o desunir, el puente quizás no se hará...

Se optó entonces por enfatizar durante estos últimos tres siglos, tres potentes factores de un mismo paradigma: *el pensamiento cartesiano, la ilustración y la sociedad productivista*. La búsqueda de certezas a través de la lógica deductiva produjo el avance de los conocimientos disciplinarios, sectorizando las visiones integradas, y creyó que privilegiando el pensamiento digital y el cálculo de cantidades se podía entender mejor la realidad.

La especialización del conocimiento llevó a creer en la ilustración, y ésta se fue convirtiendo en la elite necesaria para los gobiernos ansiosos de fortalecer su poder económico. La idea de *producto como resultado concreto* sedujo más que la idea de *proceso como rumbo aproximado*. La productividad y su aliada, la máquina, encarnaron el mito del progreso, y las sociedades comenzaron a competir por su capacidad productivista antes que por su calidad cultural y social. Para producir siempre más era necesario ignorar los ciclos de reposición de la naturaleza, y también las vicisitudes humanas.

Ante semejante mito, quizás necesario pero no suficiente, el ambiente como sede de la trama de la vida casi dejó de ser visible. En realidad fue sustituido por otro ambiente, aquél de la cadena de producción, de los cenáculos de especialistas sectoriales, del premio a la inventiva antes que a la integración (de lo cual el premio Nobel ha venido siendo quizás su mayor propagandista). Y al decir de Foucault, la sociedad productivista, la sociedad disciplinaria y luego la sociedad de control, sustituyeron a la sociedad de soberanía, injusta pero de visión integradora y compleja.¹

Lo que no se ve, no existe, lo que no se hace no es, como sostiene Jean Piaget desde la pedagogía infantil. Y si las clases dirigentes y la elite del pensamiento no veían el ambiente, renunciaban a hacerlo, e hicieron imposible su sustentación.

Ilustración, enajenación proyectual y insustentabilidad

La complejidad ambiental es tal, por la multitud de relaciones que se establecen entre todas las partes de un

¹ DELEUZE, Gilles. *Pour-parlers*. Paris, 1990.

sistema vivo, que cuanto más abierto es, más entropía potencial genera. La ecología, como ciencia de las relaciones, y el pensamiento sistémico superador del mecanicismo, fueron evoluciones gigantescas del conocimiento para explicar lo hasta entonces inexplicable.

² CAPRA, Fritjof. *La trama de la vida*. Barcelona: Anagrama, Colección Argumentos, 1998.

Fritjof Capra, en *La trama de la vida*², incluye estos dos antecedentes, junto con la evolución de la filosofía de la incertidumbre y el caos, el pensamiento gestáltico y la psicología, como las bases epistemológicas del cambio de paradigma.

La noción de ambiente como articulación dinámica de todos los factores de la realidad, corporiza ese cambio de paradigma, y por ello es el gran elemento sensible en el cual hoy convergen las preocupaciones del pensamiento de vanguardia, alertado de la creciente insustentabilidad de los ciclos y la trama de la vida, ante la ignorancia o manumisión intencionada de cada pedazo del mismo.

En el ambiente confluyen los impactos y las externalidades de cada fenómeno participante, y si nadie se hace cargo de intentar gobernar las mismas desde una concepción integrada – y esto es particularmente cierto en los sistemas altamente antrópicos – la insustentabilidad es inevitable.

Durante gran parte de los tres siglos de productivismo y sectorialismo, esto se notó poco por la menor globalización que dichos fenómenos cobraban. Fueron muy evidentes las secuelas del industrialismo maquinista en la Inglaterra del carbón, como denunció Charles Dickens, en particular en las grandes urbes de ese país, pero buena parte de Inglaterra seguía siendo pastoril, como lo era la gran parte del mundo.

La ilustración y la confianza positivista en las disciplinas sectoriales creyó que podía controlar esas externalidades puntuales, y que había mucho mundo todavía para seguir explotando y produciendo en ciclos ecosistémicos incompletos.

El resto de la sociedad fue despojada poco a poco de su capacidad de intervención. No eran ilustrados ni especialistas; su supuesta ignorancia – las artesanías y los oficios vulgares fueron desclazados y desplazados de la elite dominante – no podían actuar en las principales tomas de decisiones, y la enajenación de su capacidad de producir proyectos marginó al gran conjunto de la sociedad de la trama concertada de soluciones benéficas que el sistema ambiental reclama.

El caso de Venecia es ejemplar en este sentido: mientras sus ciudadanos eran parte del agua y de su regulación cotidiana, y el gran maestro de las aguas era una especie de primer ministro o sacerdote de la articulación, el delicado equilibrio lagunar-urbano funcionó con alta eficacia. Cuando Venecia quedó en manos del Estado Nacional y la burocracia central introdujo la dominación de la sociedad disciplinar y la sociedad de control, los ciudadanos de Venecia perdieron la gobernalidad de su propio sistema, la sabiduría se fue olvidando y la crisis ambiental se apoderó del frágil ecosistema. Hoy se necesita un gigantesco proyecto para revertir la situación³, con recursos económicos casi infinitos, mientras que antes funcionaba sólo con la promoción y la prevención.

Estamos diciendo que *la enajenación de la capacidad proyectual es la ignorancia más peligrosa*⁴, y por ello la necesidad de esa capacitación proyectual se transforma en un sujeto prioritario de educación. Pero también sostenemos que dicha enajenación ha sido fruto de un diseño político cuanto menos insuficiente para volver sustentable su propio tiempo. Se creyó que era posible centralizar el poder, tanto el político cuanto el económico y el del saber, para que los majores tuvieran la oportunidad de manipular el destino, sin advertir que el despojo del saber de todos los demás, quienes con su saber de lo obvio custodiaban las tramas menores de la vida, iba a generar una gigantesca entropía de la cotidianidad – el caos del tránsito, del uso del suelo, de la seguridad pública, del buen manejo agrario y de todas las demás prácticas sociales difusas – que haría imposible la gobernabilidad.

La complejidad ambiental exige un manejo permanente, *en línea – on line* – con la dinámica de los cambios de los ecosistemas, y *blando – software* – para su adaptabilidad a todo tipo de proceso, y eso es exactamente lo contrario de los procesos de producción industriales, que se planifican fuera de la línea (*off line*) y de manera dura (*hardware*). Este ideal de la concepción previa y la producción sistemática, es el máximo resultado del productivismo positivista, y evidentemente sirvió para fabricar millares de automóviles por mes, millones de heladeras, y tantos objetos de consumo como el productivismo deseaba. Pero su potencia (que como diría Ramón Folch parte de la suposición que lo grande es hermoso y poderoso⁵), esconde la debilidad de su falta de plasticidad ante la belleza de los cambios que requiere la vida. Pues sin esos cambios, plenos de diversidad, de relaciones, de incertidumbres, la vida se achica a un mecanismo y tiende a sucumbir.

³ Se refiere al Proyecto del Consorzio Venecia Nuova que ya ha comenzado las nuevas y formidables acciones de control y regulación de todo el ecosistema.

⁴ Se refiere al Capítulo 2 del nuevo libro de Rubén Pesci, aún inédito, *La vida como proyecto*.

⁵ FOLCH, Ramón. *Que lo hermoso sea poderoso*. Barcelona: Altafulla, 1991.

II

LA RECONSIDERACIÓN

Ser, habitar, construir y el compromiso con la vida

Muchos caminos se están intentando para revertir la situación, y seguramente éstos necesitarán de una base filosófica y de nuevas posiciones ideológicas. En esta línea, nuestra elección ha recaído antes en la noción de ambiente como potencialidad, que como restricción.

La gran mayoría de los movimientos ecologistas en el mundo, conscientes de la gravedad de las agresiones a los ecosistemas naturales, ven a los seres humanos como los principales culpables, y por si acaso, adoptan una posición reaccionaria (reactiva), aquello de “todo lo que haces a la naturaleza te los haces a ti mismo”, de la famosa carta del Indio Sioux.

Sin embargo, sin intervención humana habría sido imposible adaptar el mundo a las exigencias de la evolución de la especie. La cuestión no puede ser, naturalmente, un mundo sin hombres, algo absolutamente imposible, y que (por si el absurdo se diera) haría incluso insignificante la misma noción de ambiente, un típico constructo humano... como afirma Paulo Freire cuando sostiene que “no hay mundo sin hombres, ni hombres sin mundo”.⁶

El problema radica en qué, cuándo, dónde, cómo, para quién, por qué intervenir, para saber si, al decir de Ernesto Sábato, estamos frente a un proyecto ambiental maléfico o benéfico.⁷ Porque, como sostuvo Heidegger, *no se es si no se habita y no se construye*, y por tanto es impensable negar la condición humana, siendo en cambio el desafío la reorientación de sus inmensas potencialidades hacia un diálogo proactivo como parte de la trama de la vida.

Se trata en definitiva de un compromiso integral con la vida, no sólo intelectual sino también sensorial, vida que es la naturaleza en todas sus formas: hombres, plantas, animales, gea, biosfera. Sólo en ese compromiso integral radica la solidaridad, que no es otra cosa que la comprensión de ser parte de los ciclos de la vida, asumiendo la necesidad de la diversidad y las articulaciones que garantizan su interrelación.

La virtualidad, el producto histórico más refinado del pensamiento digital, parece poder prescindir de la vida pues es capaz de reproducir todo. El diálogo del hombre con la realidad a través de la pantalla informática, o de la televisiva, como advierte Sartori⁸, resulta omnipotente en apariencia,

⁶ FREIRE, Paulo. *Pedagogia della liberazione*. Italia: EINAUDI, 1971.

⁷ SÁBATO, Ernesto. Reportaje, separata *Revista Ambiente* 21, Fundación CEPA, La Plata, 1981.

⁸ SARTORI, Giovanni. *Homo videns: la sociedad teledirigida*. Madrid: Taurus, 1988.

pues todo lo puede simular o elegir con la potestad del *zapping*. Pero en realidad es la comodidad de la soledad, que sólo se tiene a sí misma.

Ver el ambiente como potencialidad implica asumir la condición humana como custodio de la trama de la vida, algo muy diferente de dueño y factótum de cualquier actuación sobre la misma, pero en la medida en que se direccionalice nuestro potencial hacia esas potencialidades benéficas.

El ambiente es un gran potencial, una vez asumido como el paradigma de cambio, porque no existe como tal sino como constructo cultural, pero en la medida en que como tal asuma no sólo la dimensión económica como su capital esencial, sino todos los tipos de capital, el social, el cultural y el natural. La potencialidad ambiental derivará de la comprensión del ambiente como paradigma que encuentra su realización en la articulación de todos esos tipos de capitales, y es fácil imaginar el poder de cambio de una sociedad construida sobre esas nuevas bases.

El ambiente no es, se hace, con las infinitas interpretaciones, movimientos, cambios y desafíos que supone la condición de la vida, en todas las especies y en especial entre los humanos. Es por ello que propugnamos la proyección ambiental, antes como una filosofía de vida que como una práctica tecnológica, desde los conocimientos más obvios, enraizados en la historia y en los ciclos de la naturaleza, a los más transdisciplinarios y refinados.

Proyectar el ambiente es asumir que el ambiente es en sí mismo un proyecto continuo y que sólo si somos capaces de navegar a su balanceo, con capacidad de gobernabilidad pero también de sabio goce y aceptación de sus leyes, podremos comenzar a ser parte de él y de su proceso evolutivo.

Nada más alejado entonces de la noción de ambiente y de su modelación (que llamaremos proyección) que dedicarse a diseñar y producir objetos terminados en sí mismos, pasibles de consumo indiscriminado, sin locus condicionante y sin destinatarios participantes. Estamos aprendiendo que debemos intervenir, modelando-proyectando procesos del ambiente, helicoides sin principios ni fin. Y por ello es fundamental asumir que el mismo ambiente, su propio paradigma, es un proyecto permanente.

Ver el ambiente como potencial nos lleva hacia el compromiso no sólo de proyectar el ambiente, sino de vivirlo como un proyecto permanente. De nuestra originaria convicción del proyecto del ambiente, vamos en camino ya de *asumir el ambiente como proyecto*.

Sólo construye quién habita

¿ Quiénes están en condiciones de construir cada ambiente?

Así como la comunicación sólo se establece en el diálogo emisor-receptor, la interacción de la sociedad con su ambiente sólo se establece participando en su construcción. Y además en una construcción cuya epopeya – como decíamos al principio – sólo puede ser asumida con el compromiso del que habita dicha construcción. El compromiso de los ciudadanos con su ciudad, de los paisanos con su paisaje y su país.

No es sólo una cuestión ética sino también una cuestión de praxis, esa muy olvidada relación entre teoría y práctica, clave en la generación de un conocimiento profundo y concreto. Quién no habita tiene profundos desconocimientos para construir su ambiente, quedando eso sí como cuestión a resolver, qué significa habitar, lógicamente evitando también los riesgos del provincialismo (localismo ciego) tan imposible como absurdo en los tiempos que vivimos.

Para construir con esa profundidad no son suficientes los conocimientos *ex situ*, típicos de la ciencia de laboratorio, que trabaja básicamente desde la lógica deductiva experimental. Se vuelve prioritaria la praxeología, como proceso estratégico de reflexionar haciendo, típico de las culturas del trabajo y el arte, en la línea de aquel arte de construir que sabía alterar sin danñar, innovar sin deprender.

No debe confundirse este profundo saber de la praxis con la actitud del consultor externo, esa práctica tan difundida en la así llamada cooperación internacional asistencialista y tanpreciada por la globalización medida en el éxito. Es cierto que hace falta la cooperación y que a veces es bueno traer un gran creador para asistir a una sociedad que no los posee; pero la excepción puede transformarse en regla, y si esos externos sustituyen a los internos el resultado es la alienación para los locales y la sumisión al colonialismo cultural de los externos.

Deben modelar su ambiente, regulando su tendencia a la entropía y la ingobernabilidad, ante todo, quienes lo habitan; y para ello se necesita del proyecto como liberación y de la cultura del proyecto como aprendizaje de la cultura de la sustentabilidad, comprometida con la salvaguarda del ambiente.

Pensamiento analógico, relaciones y cultura ambiental

⁹ Se refiere al pensamiento del filósofo Giulio Carlo Argan, expresado en su libro *Proyecto y Destino*. Roma: Feltrinelli, 1970.

Ejercer el proyecto es conducir la nave del destino.⁹ Y sólo si se pasa del proyecto individualista, que quiere conducir a su antojo su nave personal, sin medir los choques o impactos entre múltiples naves sin gobernabilidad concertada, al proyecto social solidario, podrá ser alcanzable una nueva cultura comprometida hacia la sustentabilidad.

Para ello es necesario un gigantesco esfuerzo de recuperación del pensamiento analógico, ya mencionado al inicio de este ensayo. ¿Qué es el pensamiento analógico? A riesgo de repetirme en conceptos ya planteados, es usar las facetas más sensibles del intelecto, la memoria, los sentidos, el reconocimiento histórico y la capacidad de comparación, para conocer la dimensión compleja de la realidad. Todas las analogías que un acontecimiento tiene con otro, que un ecosistema presenta con otros, y que otorgan una incomparable información sobre similitudes, diferencias, rangos, en aspectos menos racionales y abstractos, pero más sensibles y concretos. Es el tipo de pensamiento que domina en los primeros años de la infancia, donde las relaciones espacio temporales son rápidamente aprendidas por el niño y le dan múltiples conocimientos para incluirse en la vida compleja. El tipo de conocimiento que guían la comprensión y la creación artística, y es así porque analógicamente es más directa la obtención de una síntesis, que se induce o se intuye por cultura analógica, y entonces vehiculiza el camino sincrético.

Los procesos de percepción compleja de la realidad, y de síntesis para captar sus relaciones esenciales, son antes de tipo analógico que digital. Pertenecen a la modalidad de cultura que el cartesianismo y la Ilustración bajaron de categoría, como el arte y el artesanado, el saber popular y los lenguajes vulgares. La riqueza del saber de lo obvio, que atesora patrones sensatos de manejo de la realidad que todos pueden compartir, custodiar y por lo tanto proyectar.

Se trata del sentido de las cosas, en la línea de ese sentir/pensar al cual aludimos al inicio. Lo obvio puede también ser reinterpretado como el saber *predisciplinario*, fruto empírico de millares de actos volitivos y también racionales, pero incluidos fenomenológicamente en todas las relaciones de la vida, que no pueden ser reducidas a algunas arbitrariamente preseleccionadas.

Si se piensa por analogías, el pensamiento visual resulta una forma clave de percibir las complejas relaciones ambientales; como en el famoso ejemplo de Herbert Read que aclara la diferencia entre el reloj digital, cuya precisión oculta la reflexión sobre las posiciones en el día y la noche, y el reloj por cuadrantes, que educa a establecer relaciones.

El problema no es eliminar el 5% de conocimiento racional, deductivo, analítico, digital que incorpora el ser humano después de la niñez (según asevera Piaget), sino recuperar el 95% de conocimiento sensitivo, inductivo, sintético, producto de las reflexiones analógicas, que aprehende el niño en sus primeros años de vida. El universo cognoscitivo que se libera como energía insospechada desde la mirada analógica, y la percepción como su instrumento principal, permiten comprender la complejidad y poder actuar en consecuencia. Esa posibilidad de recuperar armonías, de integrar la estética, de asumir la ética social, que resulta muchas veces invisible o inapreciable para quien perdió esa facultad.

Pensar haciendo y la cultura del proyecto

La educación es quizás el único modo de tender hacia una cultura ambiental. La educación para aprender de la complejidad, o aprender a aprender. Sabemos que esa educación debe ser transversal, pues atraviesa todas las líneas de conocimiento (que desde el positivismo, pretendieron se clarificara disciplinariamente), con modalidad de investigación acción, para nutrirse de la aproximación directa a la realidad del manejo ambiental.

Más adelante volveremos sobre el tema, pero el diálogo de saberes de las culturas ancestrales, aquellas que demuestran su capacidad de comprender la complejidad ambiental, se presentan siempre como la potencia de la percepción predisciplinaria (anterior a las disciplinas actuantes) y la aventura científica de la transdisciplinariedad (posterior a las disciplinas actuales, porque las reintegra y supera). El cantautor Caetano Veloso en una de sus canciones recientes definió poéticamente la inmensa potencia del saber de lo obvio: "(...) Y lo que en este momento se revelará a los pueblos sorprenderá a todos, no por ser exótico, sino por el hecho de haber siempre estado oculto cuando no es más que lo obvio (...)"¹⁰.

Y si la educación es y será siempre el vehículo del conocimiento, o el procedimiento para adquirirlo, bregamos ahora por una educación diferente, que se propone

¹⁰ Se refiere a la canción "El indio".

¹¹ TONUCCI, Francesco. *La ciudad de los niños*. Buenos Aires: Losada, 1996.

unir lo desunido, relacionar lo arbitrariamente separado. Por ello la importancia creciente que ha tomado la educación ambiental (que al decir de Francesco Tonucci¹¹ puede dominarse educación a secas) y las nuevas líneas de la educación.

En realidad se está siempre hablando de una educación que significa aprender haciendo, reflexionar haciendo, en la línea en que vienen experimentando los programas de educación más modernos, como el camino más fértil hasta ahora encontrado para una pedagogía de la complejidad ambiental: *la educación por proyectos*. Porque, como sostuvo Piaget, “sólo la acción genera conocimiento”. Se trata, entonces, de pensar haciendo, utilizando todos los procesos de conocimiento, donde los analógicos aumentan la potencia y sobre todo la capacidad de percepción integral. Pero lo más importante es que ese pensar haciendo lleva a reintroducir para la utopía ambiental (el ambiente como potencialidad) toda la dimensión de la cultura del proyecto. Proyecto que requiere de un escepticismo proactivo, en lugar de la cultura del espectador o del espectáculo (el *homo videns* de Giovanni Sartori), dominada por la actitud pasiva del receptor.

Para una cultura ambiental, basada en redes, para actuar en la trama de la vida, asumiendo su complejidad, es necesaria la participación de todos sus actores sociales, quienes paulatinamente van reconquistando su capacidad de ser *autores sociales*. Para una cultura ambiental es necesario desarrollar la cultura del proyecto, y a ello se dedica nuestro principal esfuerzo formativo desde hace casi 20 años.

III

EPÍLOGO

El ambiente como proyecto: del Titanic al velero

La gobernabilidad de los procesos ambientales puede parecer obvia, pues en realidad se asemeja al decurso de nuestra propia vida, a las técnicas blandas que usamos para adaptarnos a la realidad sin perder nuestros ideales. Pero es que de eso mismo se trata: de la recuperación de lo obvio, como proclama el cantautor Caetano Veloso, del saber aprendido analógicamente, como parte esencial frecuentemente olvidada del conocimiento de la realidad.

Puede parecer un modelo de actuación demasiado obvio, como la navegación a vela, que tanto resultado ha dado desde hace milenios, frente a la prepotencia tecno-

lógica que nos llevó a producir gigantes como el transatlántico Titanic. Pero la tragedia de este último, tan presente en estos días por los medios de comunicación masivos, revela la fragilidad y habla de la insustentabilidad de los artificios mecánicos.

El Titanic desafió a la naturaleza, pero sucumbió frente a un accidente imprevisto de la misma. Además, aunque no sucumba, genera infinitas externalidades negativas y costos enormes iniciales de producción, que el mundo ya pagó suficientemente con la exageración de esta experiencia de monstruos mecánicos que pretenden emular la vida. Además, requiere de una férrea conducción centralizada por ilustrados del mar, acompañados de una multitud de instrumentos serviles (hombres o máquinas). El proyecto es de pocos iluminados, y cualquier falla es irreparable.

En la tan publicitada película *Titanic*, aunque en forma algo folletinesca, se denuncia la cuasi ridiculez de la pretensión de perfección tecnológica. Las fallas humanas, las incertidumbres ambientales, los así llamados factor humano y factor ambiental en el riesgo, se muestran tan crudamente como para desalentar a cualquier aprendiz de brujo...

Lewis Mumford denominó Leviatán, aludiendo al monstruo mitológico, a estos engendros del industrialismo metalúrgico¹² y más recientemente Ramón Folch, vinculando ese industrialismo insustentable a lo grande y poderoso, propuso proactivamente superarlo no mediante su temor mítico y el elogio de que lo pequeño es hermoso (Schumacher) sino por “*que lo hermoso sea poderoso*”¹³.

Los veleros, quizás la metáfora más universal de algo poderoso pero hermoso, toman en cambio su potencia de la naturaleza, saben dónde quieren llegar pero aceptan navegar en las contingencias y la incertidumbre, casi no producen externalidades; estimulan la creatividad de todos sus tripulantes, pues impulsan el esfuerzo conjunto, el riesgo y la inventiva. Se basan en la destreza y no en la fuerza. Adquieren velocidad por la calidad y no por la cantidad. Son proyectos ambientales, de una cultura ambiental. Son la imagen mejor que proponemos para el cambio.

El ambiente como proyecto, o la utopía ambiental, nos está llevando a concebir epistemológicamente la proyectación ambiental. Si en este camino estamos desde inicios de la década del 70, necesitamos casi dos décadas para que recién en 1989 nos atreviéramos a plantear formalmente una pedagogía de la proyectación ambiental. Este tema, el centro de nuestro accionar pedagógico desde hace

¹² MUNFORD, Lewis. *La cultura de las ciudades*. Buenos Aires: Editorial Infinito, 1966.

¹³ FOLCH, Ramón. *Op. cit.*

ya veinte años, es el origen de toda la concepción teórica, conceptual y metodológica del Foro Latinoamericano de Ciencias Ambientales – FLACAM (en definitiva, de su cambio epistemológico), ha venido construyéndose con el testimonio de las búsquedas convergentes de muchas miradas y experiencias, hacia este aprendizaje para afrontar la complejidad.

Proyectar el ambiente es dialogar con sus vientos y corrientes, con las tormentas y las calmas, en un manejo continuo y sensible, *on line* y *software*, con una tripulación participativa y aguerrida, que gusta de navegar. Es dialogar con la diversidad y establecer delicadas relaciones; es evitar excesos y capturar (no dilapidar) toda energía potencial. Es aprovechar la escasez y rechazar todo derroche.

¿ El aprendizaje para navegar a vela? ¿ El aprendizaje para saber ser parte de la trama de la vida y así evitar las externalidades negativas, los impactos negativos?: *toda otra escuela, toda otra universidad*. Se debería acelerar el cambio, antes que tantos Titanic desbocados empiecen a chocar entre sí.

Rubén Pesci es arquitecto. Creó y dirigió Cursos de Post-grado de Proyección Ambiental desde 1980 (Universidad de Belgrano, Buenos Aires) y desde la creación de FLACAM (Foro Latinoamericano de Ciencias Ambientales), en 1989, dirige la Carrera de Especialización en Desarrollo Sustentable, Cátedra UNESCO.

flacam@satlink.com